
CAPÍTULO XXII.

Efectos de la revolucion en Sicilia. — Esplendor de los monumentos religiosos de Nápoles. — La sangre de san Jenaro. — El clero y sus seminarios. — Moralidad. — Instituciones de beneficencia. — Bibliotecas. — Los manuscritos de santo Tomas de Aquino. — Reflexion sobre las ruinas de Pompeya y Herculano.

Las costas de Sicilia, dibujadas por la mitología con bellos colores, immortalizadas por Virgilio con tantas escenas poéticas y llenas de recuerdos de los Cartagineses y Romanos, llevan hoy estampados otros recuerdos ni poéticos ni hermosos, sino al contrario repugnantes para el que los medita, y dolorosos para los que sienten sus efectos. Al grito de revolucion, Palermo, Mesina y todas las poblaciones importantes de Sicilia fueron invadidas por una muchedumbre de aventureros que codiciaban la fortuna de los demas y se apoderaban de los empleos de la nacion como de propiedades que les perteneciesen; emancipaban al pueblo del yugo de uno para imponerle el de muchos, destruían las leyes sancionadas con madurez para dictar otras nuevas acordes con sus propios intereses, y obligaban por la fuerza á conformarse con sus resoluciones despóticas al mismo tiempo que proclamaban la libertad. Estas inconsecuencias, de que por desgracia tantos ejemplos ha recibido nuestro siglo, forman especialmente la crónica de las revoluciones de Italia en 1848. Las impresiones funestas que dejan en los pueblos son para estos tanto mas dolorosas cuanto les colocan mas

distantes de **alcanzar** aquella libertad que servia de pretexto para **pisotear** las leyes á los que persiguieron ciudadanos indefensos, **impusieron** nuevas contribuciones, arrebataron los bienes de las iglesias, violaron las garantías de los ciudadanos, y **se constituyeron** en verdaderos tiranos de los pueblos. **Este** es el primer efecto que produjo la revolucion de Sicilia; los otros son mas fáciles de percibirse en las ciudades de **la** costa bombardeadas, en el comercio arruinado y en los campos sin cultivo.

Habia yo **calculado** llegar á Nápoles ántes del 19 de setiembre, **dia** en que sucede la liquefaccion de la sangre de S. Jenaro, y **efectivamente** me encontré en aquella ciudad tan célebre **por** su esplendor el 15 al anocheecer. El espíritu religioso que desde muy atras ha distinguido á los Napolitanos, se **manifiesta** en esa multitud de templos magníficos adornados **con** soberbias estatuas y ricos mármoles que se encuentran **en** todos sus barrios, en todas sus calles, á cada paso, y de **todas** las edades y de todos los siglos, desde el tiempo de Constantino el Grande hasta nuestros dias. No ménos que **la** grandeza de estos sorprende la suntuosidad con que se **oficia** en todos ellos.

Mucho se **ha** escrito y mucho mas se ha hablado sobre la liquefaccion de la sangre de S. Jenaro; y hombres eminentes por su **saber** y de crítica sólida y juiciosa, han llevado sus investigaciones para averiguar el origen de este hecho sorprendente hasta el último grado (1). Yo no entraré en averiguacion de ningun género, y referiré simplemente lo que he visto. Á las siete de la mañana me dirigí á la famosa catedral de **San** Jenaro, y aunque con gran trabajo, pude colocarme pegado al altar en que debia hacerse la liquefaccion. Los canónigos condujeron hasta este en procesion una caja pequeña de plata, que fué abierta con tres llaves, de las cuales **una** tenia el dean, y las restantes dos personas,

(1) Véase la **coleccion** de los *Bolandos*. 19 de setiembre.

una del gobierno y otra de la nobleza. Abierta la caja en presencia de todos, el dean sacó de ella una ampolleta de cristal, engastados en oro sus cantos, y despues de haber dejado ver durante una hora la sangre del santo coagulada y seca enteramente, la puso sobre la mesa del altar, donde estaba colocada la cabeza de S. Jenaro en una rica estatua de oro y plata que representa al mismo santo. Los clérigos rezaron los salmos penitenciales, las letanías y otras preces de la Iglesia, miéntras que una multitud de extranjeros de todas las naciones europeas, agolpados sobre el altar, no quitaban la vista de la ampolleta; média hora pasó en esta expectativa, y yo, mirando á muchos curiosos que, no contentos con haber subido la grada del altar, tenian la mitad de su cuerpo sobre este, recordé frecuentemente aquel dicho: «Esta generacion quiere ver prodigios, y no se le concederá otro que el del profeta Jonas;» pero la perplejidad cesó al fin, y la sangre comenzó á liquidarse con lijereza, hasta quedar como la que vierte un hombre vivo cuando recibe en su cuerpo alguna lastimadura. Yo veía esto con mis ojos, lo veían todos, del mismo modo que yo, y no podia presumirse ninguna superchería desde que el proceder estaba sujeto á la inspeccion universal. *El milagro está hecho*, dijo el oficiante, y tomando en sus manos la ampolleta, la dió de nuevo á besar á cuantos quisieron ó pudieron acercarse. La impresion que esto produjo en los extranjeros que observaban no sé cuál seria: á un Inglés, que se encontraba á mi lado, oí que decia á su compañero: «Yo he visto el hecho, y no admite duda alguna.» Por lo que hace á mí, tampoco la tenia; y puedo repetir lo que un célebre literato escribió á este mismo respecto: «Por mas atencion que puse en observar la operacion de aquel milagro, no pude descubrir posibilidad de engaño, ni de causa natural capaz de contribuir á tal efecto. La gritería, la libertad de los circunstancias, la condescendencia de los sacerdotes que acompañan á la operacion del milagro, es verdad que res-

frian la devocion, no solo de los que acuden por mera curiosidad, como ordinariamente sucede, sino aun de los que tienen las mejores disposiciones interiores (1). » El repique general de campanas anunció al pueblo que la sangre de S. Jenaro se habia liquidado, y el arzobispo á la cabeza de su clero la condujo en procesion de la capilla á la basilica, donde quedó expuesta toda la octava, concluida la cual volvió á su estado natural.

Algunos viajeros ponderan la disolucion de costumbres que dicen reinar en Nápoles como en ninguna otra ciudad de Europa. Para conocer la inexactitud de este juicio, basta comparar las notas estadísticas de otras grandes poblaciones de Europa y de América que se encuentran en el mismo caso que Nápoles. « Los que viajan preocupados por ideas que les fueron inspiradas, y recibieron con entusiasmo, sin atreverse siquiera á dudar de su verdad, viven casi siempre engañados : por eso jamas debemos emitir un juicio sino despues de haber buscado la verdad en su fuente, » escribia un filósofo.

El clero de Nápoles es numerosísimo, y para su instruccion existen varios grandes y pequeños seminarios en diversos puntos del reino. De los primeros visité el de Nápoles, dirigido por religiosos de la Compañía de Jesus, y sus programas de estudios tienen proporciones muy vastas, y que realizadas no podrán ménos que formar un clero ilustrado y digno del alto ministerio que está llamado á ejercer. De los segundos he visitado varios, pero el que me dejó recuerdos mas satisfactorios fué el de Morfeta sobre la costa del Adriático. Este excelente establecimiento no solo tiene completas todas las clases que necesita para formar eclesiásticos de provecho, sino aun todas las conveniencias que podria proporcionar un buen colegio de Francia ó Inglaterra para los estudios de la física. Posee una biblioteca copiosa,

(1) Abáte Andres, carta XII.

un museo de historia natural y profesores de diversos idiomas antiguos y modernos. He dedicado estas pocas líneas á dos seminarios establecidos en las costas opuestas del reino de Nápoles, para que sirvan de refutacion á las que escribiendo otros, pintaron injustamente con pálidos colores la instruccion del clero napolitano. Añadiré todavía que este clero siendó numeroso da anualmente muchos individuos para las misiones de Propaganda, y en Moldavia, en Palestina y en Egipto he encontrado yo un número muy considerable de ellos.

En ningun país del mundo tanto como en Italia son necesarios los establecimientos de beneficencia, pues por la influencia del clima el pueblo no tiene hábitos de trabajo; y consuela verdaderamente encontrar abiertos por la caridad tantos cuantos pueden necesitar las miserias de sus numerosas poblaciones. En Nápoles existen excelentes hospitales servidos con ese esmero que distingue á las Hermanas de la caridad; y visitando yo el que llaman *Hospital Real*, por tener su origen en la munificencia de los soberanos, que lo dotaron con sus rentas, no pude ménos que admirar el espectáculo que presentan quinientos enfermos, servidos con tal esmero y caridad como si fuese uno solo. En las dos casas de niños expósitos, confiadas á congregaciones religiosas, noté el mismo cuidado que en los hospitales; y en los talleres establecidos para enseñar algun oficio á cada huérfano, ví colocados como maestros artistas venidos de países extranjeros para formar útiles artesanos. El hospicio para pobres, uno de los edificios de caridad mas vastos en Europa, ha sido reputado tambien durante mucho tiempo como uno de los establecimientos mas bien administrados; hoy si ha decaido, el motivo fueron los trastornos políticos del reino, la dominacion de un príncipe extranjero y el menoscabo que sufrieron durante la revolucion todos los bienes pertenecientes á instituciones piadosas. Considerando la larguísima fila de ventanas, la interminable muralla de

su frente, sus infinitos corredores, sus grandiosas escaleras, sus vastísimas oficinas y sus infinitos aposentos, se puede apreciar la grandeza del plan que presidió en la realización de esta obra, que puede llamarse verdaderamente *regia*.

Visitando las numerosas bibliotecas de Nápoles, en la de los PP. Dominicos tuve en mis manos con harta complacencia algunos manuscritos de un genio extraordinario, que levantándose en el siglo trece á una altura inmensa sobre todos los hombres de su tiempo, desembrollando, añadiendo, clasificando é ilustrando, sacó como de una indigesta mole el cuerpo de la verdadera ciencia. « Santo Tomas de Aquino, decía Bálmes, es sin contradicción uno de los entendimientos mas claros, mas vastos y mas penetrantes con que puede honrarse el linaje humano. Siendo su mérito tan esclarecido, parece á veces que estuvo mal colocado en el siglo trece, y como que uno se duele de que no viviera en los posteriores para disputar la palma á los hombres mas ilustres de que puede gloriarse la Europa moderna. Sin embargo, cuando se reflexiona mas profundamente, se descubre ser tanta la extension del beneficio dispensado por él al entendimiento humano, se conoce tan á las claras la oportunidad de que apareciese en la época en que vivió, que el observador no puede ménos de admirar los profundos designios de la Providencia.

» ¿Qué era la filosofía de su tiempo? La dialéctica, la metafísica, la moral ¿adónde hubieran ido á parar en medio de la torpe mezcla de filosofía griega, filosofía árabe é ideas cristianas? Afortunadamente se presentó este grande hombre: de un solo empuje hizo avanzar la ciencia en dos ó tres siglos... y alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer en todas partes su método y su doctrina, se constituyó como centro de un gran sistema, al rededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos, reprimiendo de esta manera un sinnúmero de extravíos, que de otra suerte hubieran sido poco ménos que inevitables.

Halló las escuelas en la mas completa anarquía, y él estableció la dictadura, dictadura sublime de que fué investido por su entendimiento de ángel, ennoblecido y realzado con su santidad eminente. Así comprendo la misión de santo Tomas, y así la comprenderán cuantos se hallan ocupados en el estudio de sus obras... Este hombre era católico, y es venerado sobre los altares en la Iglesia católica; y sin embargo su mente no se halló embarazada por la autoridad en materias de fe, y su espíritu campeó libremente por todos los ramos del saber, reuniendo tal extension y profundidad de conocimientos que parece un verdadero portento, atendida la época en que vivió. Raciocinó mucho, pero se conoce que desconfía de la razón con aquella desconfianza cuerda que es señal inequívoca de verdadera sabiduría. Hizo servir para la defensa de la Religión la filosofía de su tiempo, y en sus obras se encuentran á cada paso trozos tan luminosos sobre los puntos mas complicados de ideología, ontología, cosmología y psicología, que parece estamos oyendo á un filósofo que escribiera despues que las ciencias han hecho los mayores adelantos. En su tratado de leyes y de justicia se nota tanta solidez de principios, tanta elevación de miras, un tan profundo conocimiento del hombre, que no asentarian mal en las mejores obras de legislación que se han escrito en los tiempos modernos. Sus tratados sobre las virtudes y vicios en general y en particular agotan la materia; y bien se podría emplazar á todos los escritores que le han sucedido para que nos presentasen una sola idea de alguna importancia que allí no estuviese desenvuelta ó al ménos indicada. Lo que brilla sobre todo en sus obras, y esto es altamente conforme al espíritu del catolicismo, es una moderación, una templanza en la exposición de las doctrinas, que si la hubiesen imitado todos los escritores, á buen seguro que el campo de las ciencias se hubiera parecido á una academia de verdaderos sabios, y no á una ensangrentada palestra donde combatian encarnizada-

mente furibundos campeones. Es tanta su modestia que no recuerda un solo hecho de su vida privada ni pública; allí no se oye mas que la palabra de la inteligencia que va des- envolviendo sosegadamente sus tesoros; pero el hombre, con sus glorias, con sus adversidades, con sus trabajos y con todas esas vanidades con que nos fatigan generalmente otros escritores, todo esto allí desaparece (1). » Todas estas ideas recordaba revolviendo las preciosas fojas en que el admirable sabio sancionó, por decirlo así, las leyes que habian de dirigir al entendimiento humano para correr sin vacilar la carrera oscura y difícil de las ciencias. Estos manuscritos pertenecen á sus libros luminosos de teología y controversia. La habitacion donde elaboró obras tan admirables está al lado de la biblioteca, trasformada en una pequeña capilla.

Despues de tener en mis manos aquellas páginas que recuerdan las brillantes apologías con que el Doctor angélico vindicó la santidad sublime del cristianismo, los vicios del paganismo que representan al vivo las ruinas de Pompeya y Herculano me parecian todavía mas repugnantes. Porque, en efecto, los restos de pinturas que allí vemos en los templos de los ídolos, los aposentos de los sacerdotes paganos y las estatuas indecentes de los falsos dioses hacen pasear la imaginación por campos donde reinan la sensualidad, la disolucion y la avaricia llevadas hasta el refinamiento mas excesivo de que es capaz la corrupcion. La pureza sublime del Evangelio jamas parece tan santa é hija del Cielo como cuando se la contempla teniendo delante los vicios autorizados por la religion de Vénus y Cupido, y estimulados por las ascenas lúbricas á que se entregaban mezclados con el pueblo los sacerdotes de aquellas divinidades; y la verdad de la doctrina que Jesucristo enseñó á los hombres se aprecia mas cuando se observan los embustes que desterró del mundo, y cuyas trazas percibimos claramente en el templo

(1) *El protestantismo, etc.*, tomo II.

de Isis. Pero esta religion de tinieblas que autorizaba lances tan repugnantes á la dignidad del hombre, que ajaba y degradaba, por decirlo así, no ha perdido todavía todos sus afiliados. En nuestro siglo, y en el seno mismo de las naciones civilizadas, se encuentran hombres que á una señal correrian á levantar los muros arruinados de los templos de Isis y de Vénus, se juzgarian ilustrados cuando doblasen sus rodillas delante de los simulacros y cumpliesen delante del mundo atónito las ritualidades degradantes de aquel culto. Las orgías inmundas de que tantos vestigios nos conserva la *Historia de la revolucion francesa*, la secta de Mourmon que se propaga en los Estados Unidos y la de los Hermanos cristianos que principia á extenderse en Alemania, garantizan bien nuestro juicio. La historia del género humano y la experiencia de nosotros mismos demuestran que el hombre abandonado á su razon, sin capacidad para elevarse, no hace mas que descender, y sin luz ni conocimiento para distinguir lo bueno de lo malo, marcha á ciegas y tropezando hasta caer en el abismo de la degradacion que nos recuerdan los templos y las estatuas de Pompeya. Pero sin embargo de esta evidencia, séame permitido expresar una observacion hecha en muchas ocasiones. Los hombres que están plagados de aquella ceguedad dolorosa, esos mismos que desearian ver renovadas las escenas vergonzosas de las ritualidades paganas, alzan el grito para llamar ignorante á la infinita mayoría de personas sensatas é ilustradas que les condenan como corrompidos; y acusan de intolerancia y despotismo á las autoridades, porque les persiguen como perjudiciales á la moral pública. Esto, á mi ver, no puede ser sino efecto del extravío de su razon; pues condenar como hijos de preocupaciones los anatemas de los pueblos y de sus magistrados, de la religion y de las leyes, y querer que á despecho de todos prevalezca su juicio y el de un estrecho círculo de hombres que adolecen de sus mismos defectos, parece realmente insensatez. Cuando así

pensais, podemos decirles, sois ciegos, porque no veis el espíritu del mal que se pasea sobre vuestro corazón, agitado por las furiosas tormentas de vuestras pasiones; ciegos, porque un vértigo incomprensible se ha apoderado de vuestras cabezas, y en medio del delirio que os produce, juzgais ver camino llano donde existen horrendos precipicios, y prados amenos en las cuestas escabrosas. Sois ignorantes, porque llamais virtudes á los vicios y apreciáis el mal real como verdadero bien; é ignorantes también, porque vuestro entendimiento, confundido en un abismo de tinieblas, lo mismo que la tierra en el día de su creación, vaga perdido acá y allá, sin divisar ni un rayo de luz que brille para redimirlo del espantoso caos que lo encierra. Cuando aquel aparezca, entónces vosotros mismos, horrorizados reprobando la obra de vuestras manos, daréis un paso atrás y alzaréis un grito para unir vuestra voz á la del género humano ilustrado por la fe.





IMP. SIMON RAÇON.

J. BALMES

CAPÍTULO XXIII.

España. — Su aspecto despues de la guerra civil. — Situacion religiosa. — Ojeada sobre las causas que la agravan. — Consecuencias deplorables. — Influencia de la revolucion sobre el clero. — Bases ilegales presentadas para su reforma. — Mision de los regulares en España. — ¿Quiénes son sus enemigos? — Reforma de las comunidades. — ¿Por qué no se hizo? — Una reflexion. — Impresiones en Pedrálvez y Monserrate. — Los revolucionarios no respetan las artes, las ciencias, ni el dolor. — Manresa, cuna de los Jesuitas. — ¿Por qué temen á estos? — Consecuencia lógica.

La vida de los pueblos, como la de los individuos, ofrece una mezcla de hechos brillantes unos, sombríos otros, gloriosos aquellos y vergonzosos estos para sus autores. La España, cuyo pabellon dominó todos los mares, cuyos atrevidos capitanes surcando océanos desconocidos abrieron paso para un Nuevo Mundo, y cuyas armas manejadas por ejércitos de héroes conquistaron regiones tan dilatadas, que pudo decirse con verdad que «jamás se ponía el sol en los dominios de Carlos V;» España, repetimos, cuyos monarcas fueron estimados como modelos de valor, prudencia y liberalidad, cuyo poder temieron todas las naciones de la tierra, y cuya amistad se disputaban á la vez la Francia y la Inglaterra, no ha quedado exenta de aquella fatal necesidad á que somete á los Estados y á sus individuos, á las naciones y á sus gobiernos, la miseria inseparable de cuanto tiene relacion con el hombre. Causas mil reunidas á la vez influyeron en su descenso gradual; todo el mundo las veía y las